De lejos y a mi alrededor

Simpáticos paseos

Carlos *Caco* Ceballos Silva

VERANO, 1994.- Me platica la simpática y agradable Mariquis, que en el año de 1973 y precisamente en el mes de julio, el mes por excelencia lluvioso en nuestra tórrida Colima, ella y otras, gozando de un clima primaveral, se lo pasaron en la vieja Europa de sus sueños, pues las ilusiones de visitarla siempre se acrecentaban al ver en el Cine Rialto las interesantes películas donde se encantaban con los hermosos paisajes suizos, las interesantes callecitas de las ciudades nacidas en la época medieval, los lindos castillos de la realeza del Siglo 17, la imponente Roma de los Césares y cuna del catolicismo y los museos de los grandes capitales. Su hermano Melesio y ella habían organizado un viaje por aquellos rumbos, y afortunadamente convencieron a varias personas de la ciudad, quienes en grupo se divirtieron y gozaron placenteramente de aquel viaje. El tour de casi un mes fue un verdadero deleite; todos, pues había varios varones, resultó un verdadero disfrute; hubo pocas discusiones, pocos sentimientos, algunos pleititos, ningún catarriento, pero sí, todos añorando a Colima y siempre sus exclamaciones eran: ¡qué lástima que no vinieron los fulanos!, ¿por qué no vendría fulanita? ¡¿Cómo se hubiera divertido menganita?! Y así por el estilo, pues cada rato y en cada momento que veían algo interesante, eran las exclamaciones naturales.

***Río della Salute*, Venecia, Félix Vallotton.**

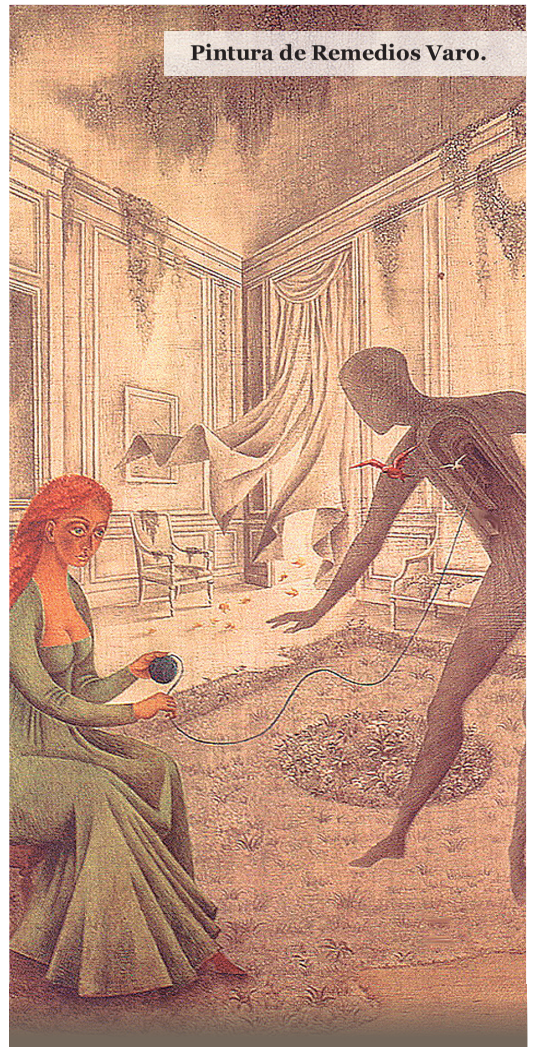
Recuerda que estando en Brujas, hermosísima población de Bélgica, todo el grupo estaba fuera de una tiendita de curiosidades de encajes y telas bordadas, cuando de pronto vieron venir y precisamente frente a ellos de un lujosísimo Mercedes Benz se bajó un señor alto, delgado, vestido sport, con chamarra y cachucha, y que de pronto lo reconocieron como su paisano Gustavo Díaz Ordaz, que meses antes había cumplido su periodo gubernamental y ahora se paseaba por Europa en plan de descanso; viajaba con su señora y sus hijos. Tan luego lo tuvieron a su lado lo saludaron con contentamiento, y a pesar de que es poblano y casi siempre los del centro del país son un poquito desentendidos, él se portó muy amigable, sonriente y mostrando mucho gusto en encontrar tan lejos de sus lares a un grupo de colimotes. Trini Fuentes, nuestra simpática compañera, aprovechó para recordarle que cuando era candidato y estuvo en Colima se le hizo un banquete y que ella fue precisamente la cocinera en jefa, preguntándole si le habían gustado las enchiladas estilo Colima, muy parecidas a las poblanas, y él, colocándose a la altura de la ingenuidad y amabilidad de Trini le contestó que estaban tan buenas que nunca las había olvidado, y que en muchas ocasiones comentaba sobre la magnífica comida colimota y la sabrosa tuba "sin bautizar" con la que fueron acompañadas.

En esta ocasión, mis compañeros de viaje fueron Trini Fuentes, Adelita Valencia López, María de los Ángeles Olea, Melesio su hermano y su inseparable compañera, la simpática viudita Nena Sierra, Adelina y José Antonio Orozco, Salvador López, Gloria Blancas, Carmelita Ramírez, Goya Manzo, Pedro y Carmen Cortez.

En agosto del 76, con el vivo y agradable recuerdo de su primer viaje a Europa, enmitotó a otro grupo de amigas y conocidas organizando un tour, que abordó el avión una lluviosa y relampagueante noche en el aeropuerto del DF, a pesar de que todos los del grupo iban confesados y comulgados; ya elevados y al sentirse sobre las nubes e imaginarse lo hondo del mar que estaba bajo sus pies, alguna de las compañeras sacó el rosario y todos a contestarlo y al poco rato otros muchos de los pasajeros no dormilones se unieron a las plegarias, jaculatorias y vía crucis del grupo colimote. Gracias a Dios y sin más novedad desembarcaron en el viejo continente establecido su cuartel general en la elocuente y grandiosa Roma. Recuerda que el Papa por aquellos tiempos era Pablo VI, y ellos con el deseo natural de verlo y obtener su bendición se informaron que estaba pasando unos días de descanso en Castell Gandolfo, situado en las riberas del lago Albano, y que acostumbraba por las tardes salir al balcón de la mansión para impartir la bendición a las personas que por cientos y miles se reunieron frente al palacio. Y así fue como abordaron su autobús y todo el grupo unido se dirigieron a aquel hermoso lugar y precisamente al bajar de su autobús frente a ellos se estacionó otro y cuál no sería su gran sorpresa cuando vieron bajar a tres jovencitas colimotas: Tere Espinoza Peralta, Griselda de la Mora y Lorenza Ceballos, así es que después de las exclamaciones de sorpresa, de los saludos afectuosos, todos unidos se dirigieron al lugar, donde la multitud llena de unción recibió la bendición del Santo Padre. En este segundo viaje al Viejo Mundo le tocó llevar y entregar 30 días después en sus casas de Colima a: Don Alfonso de la Madrid, Melesio Espinoza y esposa, esposos Saucedo Escoto, Dr. Miguel Núñez y señora, y alguna que otra que como es natural de momento se me escapan de la memoria.

Me sigue comentando la simpática Mariquis, que ojalá y que todas sus antiguas acompañantes sientan todavía la hermosa nostalgia al recordar los lindos paseos en el Viejo Mundo, y con añoranza e ilusión de volver pronto por allá, que ella por supuesto no se ha aguantado las ganas y ha vuelto otras veces, pero que con mucho gusto se sacrificaría una vez más para anochecer en México y llegar con un sol esplendoroso al Viejo Mundo, después de una larga caminata de navegación entre las nubes, desde luego bien preparad, para que en caso de un percance, no tener ningún problema con San Pedro.

** Empresario, historiado r y narrador.* ✝



Pintura de Remedios Varo.

I

Víctor Toledo

Virgen desnuda, descarnada
Tu manto de piel rosado o morado
Resguarda la torre de babel
De lenguas infinitas que renacen
De lenguas olvidadas
De sueños viscosos, adherentes
Ojo ciego que ve todo
Ojo (abierto) omnisciente
que ve na
da.

DIRECTOR GENERAL: ARMANDO MARTÍNEZ DE LA ROSA COORDINADORA: ÉRICKA MARGARITA TREJO
Imágenes: Fotos de Archivo. Correo: diarioagora@hotmail.com

Un baile de despecho

(6 de noviembre de 1955)

PLAZA CULTURAL DE DIARIO DE COLIMA

Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4 2526 DOMINGO 30 DE DICIEMBRE DE 2018

ESCRIBEN: Ramón Moreno, Alina Velazco, Miguel Ángel León, Verónica Zamora, Luis Enrique Araoz, Daniela Artemisa Arceo, Leopoldo Barragán, Maya Ochoa, Víctor Toledo y Carlos *Caco* Ceballos.

Caldo de pato

Ramón Moreno Rodríguez

YO recuerdo, primo, que en mi casa de la calle Victoria sólo había gallinas. Quiero decir gallinas en oposición a guajolotes o patos. Porque de haber, había gallinas pero también gallos, pollos y pollitos. Algún día mi abuela –la madre de mi papá–, que era la dueña de las aves de corral, decidió ampliar su industria avícola y compró a una vecina un par de patitos, de esos amarillos, felpudos y rechonchos que aparecen en los comerciales televisivos.

Reconozco que eran graciosos y motivo de interés de mis hermanos y mío, aunque de algunas gallinas no, que les daban picotazos para que se alejasen de ellas, y como ahí no había adultos de su especie que los defendieran, pues no les quedaba más remedio que huir despavoridos, si no querían terminar patas arriba por unos segundos, un tanto confusos de tan efectivas reprimendas.

Pronto crecieron y se hicieron feos y desproporcionados. El gracioso abaniqueo de su rabo moviéndose para uno y otro lado, cuando caminaban, se hizo torpe. Se les cayó el hermoso pelambre y el poco pelo que les quedaba se había hecho blanco, pálido y sucio. Como las plumas se negaban a salir, excepto del rabo y los extremos de las alas, iban y venían desnudos, como adolescentes obscenos. A sus sonrosadas patas les salieron escamas ennegrecidas y las límpidas uñas empezaron a transformarse en garras.

No creo que tuvieran más de dos o tres meses de haber llegado a casa, o por mejor decir, de haber llegado al patio, que a la casa tenían estrictísimamente prohibido entrar. Esa prohibición de mi madre no siempre fue efectiva, porque no faltaba algún compadecido de mis hermanos que les lanzara algo de comer. Pero si esos meses se me pasaron rapidísimos, a mi abuela de seguro que se le hicieron eternos, le urgía saber cuál era la hembra, para vigilarla y pronto descubrir en qué rincón había hecho su nido. Le habían hablado maravillas de los huevos de pata. Le dijeron que eran grandes, hermosos, resistentes, nutritivos; no le mintieron. Nunca me lo dijo, pero de seguro que hacía sus cuentas de lo que había gastado en ellos y en el maíz que les daba de comer, como para desear con impaciencia obtener una retribución.

Dirás tú, primo, que esas cosas no se dicen, y si se comentan, se hablan con un adulto, no con un niño. Y tendrías razón, pero para ese tiempo ya no era yo un niño; había entrado en la adolescencia y bullían en mi mente las primeras oleadas de sueños idealistas y la comprensión de las graves contradicciones de los adultos. Quiero decir que la abuela se apoyaba en mí para cuidar de su pequeña industria doméstica y aprovechaba la ocasión para darme lecciones de la rusticatio mexicana.

Me había enseñado cómo sacarles los ajuates a las gallinas que caminaban renqueando o me había mostrado cómo hacerlas tragar dientes de ajos cual píldoras, para la gripe. Era yo, en fin, quien traía la alfalfa del mercado o cambiaba el agua de un día anterior por otra limpia y fresca o les repartía el maíz en cuatro comederos o recogía los huevos o les cortaba las plumas de un ala, para que no se escaparan a los corrales de los vecinos.

Así fue como pasó el tiempo lentísimo y mi abuela, al igual que yo, fue viendo cómo seguían transformándose. Uno terminó por cubrirse de un hermoso plumaje blanco y el otro trocó su ulterior color en tonos pintos de negro y blanco. Las fealdades de la adolescencia habían quedado atrás, ahora eran serenos y reposados. En lo que no hubo cambio alguno fue en su estrechísima amistad. De vez en cuando, como todo mundo reñían, pero dormían juntos, comían juntos, aleteaban juntos, se arrastraban juntos en los charcos. Mi abuela creía que hasta que no terminaran de pelechar no entrarían a la madurez y, por lo tanto, tendría que esperar más tiempo para comer huevos de pata por primera vez.

La espera pronto terminó. Una tarde, mientras los dos, mi abuela y yo, les dábamos las lavaduras de la comida, vimos claramente que el pinto montó al blanco. Alegre, ella dio una palmada y me dijo: “Lo ves, el blanco es la hembra, yo lo sabía, de seguro en una semana pondrá su primer huevo”. Mi abuela aprovechaba el conocimiento que de las gallinas tenía y sabía perfectamente que cuando el gallo monta por primera vez a una polla es porque ya está madura y en cuatro o cinco días más pondrá su primer huevo.

La espera terminó, pero la incertidumbre no, pues pasaron los siete días que mi abuela se había dado de plazo máximo y ni el nido, ni los huevos ni las furtivas escapadas se aparecieron por ahí. La comadre de mi abuela nos había explicado que las patas, a diferencia de las gallinas, no hacen escándalo cuando ponen sus huevos, incluso son sigilosas y logran esconder muy bien sus nidos. El misterio aumentó cuando pasados otros días, no sé cuantos más, quizá diez, vi al pato blanco montando al pinto. Incrédulo, se lo fui a contar de inmediato a mi abuela. Me tenía que ir a la escuela, así que no tuve tiempo de quedarme para hacer conclusiones con ella, pero cuando regresé en la noche, a boca de jarro me dijo: “Mañana mismo te vas al Parque Hidalgo, para que mires con mucho cuidado a los patos de ahí, debes observarlos muy bien; míralos y compara unos con otros la carnosidad que tienen arriba del pico, dicen que eso diferencia a los machos de las hembras”.

Como ya lo sabes, primo, el Parque Hidalgo no estaba lejos de aquella casa que ya no existe en donde yo crecí. Lo que quizá no sepas es que antes, en ese jardín, había un estanque y decenas de patos que criaban los jardineros. Y en efecto, otro día, a media mañana fui a observar la ruidosa parvada. No había mucho que mirar, el asunto era evidente, un pato macho es mucho más corpulento que una hembra, como el doble de tamaño. No tenía tiempo para regresar e informar a mi abuela, así que hasta la noche que regresé de la escuela la puse al tanto de lo que sucedía. Resuelta, a pesar de que era ya de noche y horas inapropiadas para las visitas, me dijo: “Vamos a ir con mi comadre”. Se quitó el mandil, me ordenó que fuera por una bolsa del mandado, cogió su bastón y salimos a la calle.

La comadre vivía como a dos cuadras. Ahí se explicó sin ambages: “Comadrita, resulta que los dos patitos que me vendiste salieron machos y no puedo esperar a comprarte otro pequeño y luego ver que crezca para que resulte que también sale macho. Ya sé que a la gente no le gusta vender sus animales en la flor de la vida, pero espero que me entiendas, no puedo seguir gastando mi dinero en mantener ese par de buenos para nada”.

Sin ninguna duda, la comadre nos vendió una pata joven, que apenas había empezado a poner su primera huevera. Llamó a uno de los hijos para que la atrapara y me la entregó. Cuando llegamos a la casa le pregunté: “¿Qué le hago, la dejo en la cocina?”; “No, no, hay que echársela de una vez”; “Pero el patio está oscuro, ya hace mucho rato que estarán dormidos”; “Si lo están, en cuanto la sientan se van a despertar; ahí junto al fogón tengo unos ocotes grandes, préndete dos y vámonos para adentro”.

En efecto, antes de que la vieran, la sintieron e hicieron un gran alboroto. Para cuando se las eché, estaban tan rijosos que empezaron a pelear entre ellos, frotándose el cuello y dándose de picotazos. Finalmente el blanco cedió el terreno y permitió que el pinto fuera a montarla. Una vez terminado el escandaloso ritual, el macho corrió hasta el agua y se puso a beber desesperadamente. Cuando terminó, el blanco ya estaba trepado en la recién llegada, y el pinto, al descubrirlo, se lanzó contra el rival, queriéndolo quitar. Mi abuela me advirtió: “No lo dejes, espántalo”. Con un palo aparté al camorrista y en cuanto el blanco terminó su monta, el pinto se precipitó sobre la hembra y la volvió a cubrir. El blanco regresó de beber y se fue a picotear en la tierra, al parecer, indiferente de lo que no lejos pasaba. Finalmente, el pinto se fue a la pileta del agua, pero el blanco ya no intentó pisar por segunda vez a la hembra.

Mi abuela, sonriente, me interrogó: “¿Lo ves, te das cuenta?, ¿ya sabes lo que haremos?”. Lo veía, pero no me daba cuenta, ni me imaginaba que algo tendríamos que hacer como consecuencia de tal escena. Ella concluyó su lección de esa noche, me dijo: “Amárrate al blanco, mañana lo voy a destazar; iremos al mercado a venderlo”.

Clásicos y comerciales

Obús-rey o Apollinaire

Christopher Domínguez Michael

EL viernes 17 de marzo de 1916, el oficial Guillaume Apollinaire se encontraba en su trinchera leyendo las páginas literarias del Mercure de France, pues la Gran Guerra le había dado mayor vigor a sus apetencias poéticas, cuando un obús alemán lo hirió gravemente en el cráneo. Tres días antes había recibido la anhelada noticia de su naturalización como francés, que limpiaba al poeta-soldado, de origen ruso, de las humillaciones sufridas como meteco cuando fue implicado, junto con Pablo Picasso, en el robo de *La Gioconda*, en 1911.

No sólo eso. Evacuado del frente y trepanado en dos ocasiones, Apollinaire no sufrió merma en su capacidad intelectual. Fue socorrido con el ensangrentado Mercure de France en la mano y todavía tuvo tiempo de anotar en su agenda lo recién sufrido, informando de los hechos a su futura esposa, Jacqueline, la cual compartió con Lou y Madelaine, sus “madrinas de guerra”, la más nutrida y original de las correspondencias poéticas que soldado alguno haya enviado desde el frente en ninguna otra guerra.

Más aún, nos recuerda el crítico André Billy, su camarada, cuando Apollinaire estaba siendo herido en la cabeza, ya circulaban en París ejemplares de *El poeta asesinado*, cuya ilustración de portada, obra de Leonetto Cappiello, mostraba a un hombre a caballo con una herida sangrante en la cabeza. Así que es improbable concebir a personaje más singular: fundador del arte moderno con Picasso y André Derain, André Salmon, Blaise Cendrars (su rival) y Marcel Duchamp, el cubista Apollinaire, emergiendo de los bajos fondos de la bohemia artística y política, radical en todo, también lo será, en 1914, como patriota. Pero a diferencia de Rudyard Kipling y Gabriele D’Annunzio, el patriotismo de Apollinaire no es estridente ni cursi ni provoca declaraciones al estilo de la de Maurice Barrès al morir Charles Péguy, el primer poeta francés en caer en la contienda: “No es una muerte, es una simiente”, etcétera, etcétera.

El refinado Apollinaire, amante del arte negro, se adapta como equilibrista a la estricta disciplina militar y hace de la más horrenda de las guerras hasta entonces conocida por la humanidad, un juguete cómico, el cual, poema tras poema, carta tras carta, vuelve indiscernible a la vanguardia de lo bélico, civilización y barbarie. Verdadera fuerza de la naturaleza, Apollinaire no se inmuta, ajeno a la moral de los militaristas y a la de los pacifistas, más cercano a la impertinencia de un François Villon que a los poetas ingleses denunciando la carnicería. Simpatizante de los futuristas italianos, romano él mismo por nacimiento, en Apollinaire, empero, se ausenta la demagógica apología de la guerra.

Desde la trinchera se valió del esténsil para imprimir y hacer circular periódicos literarios, recogiendo las canciones que los soldados, en los primeros días del conflicto, tienen aún el valor de componer. Su caserna era un taller literario que recibía hasta 42 colaboraciones diarias. Un original de uno de aquellos envíos de Apollinaire se acaba de vender, subastado, en 380 mil euros.

Fue él mismo, dijo Marcel Raymond, esa Francia barroca tan fácil de ocultar. Siendo Apollinaire (1880-1918), dijo Billy, el post simbolista que inventa la palabra “surrealismo” (el joven André Breton se contará entre sus devotos), reúne todas las virtudes del barroquismo: el odio a la preceptiva neoclásica, el amor por la sorpresa, la alegría del escándalo, la metáfora insospechada en cuanto oculta, la imagen que se finge erudita y la barbarie tierna agregaría yo.

A Lou, su amante cuando comienza la guerra, le escribe poemas que dicen: “Dos obuses/ rosa estallido./ Como senos que se desciñen/ Tienden sus puntas insolentes:/ ‘Supo amar’, ¡menudo epitafio!/ Allí en la espesura un poeta/ Observa con indiferencia/ Ese revólver con seguro/ Las rosas que mueren silentes”. O aquel otro donde presagia: “Se aguarda el momento de lograr la victoria/ Se espera el amor/ Se espera la gloria/ Y se cogen lilas/ Últimas lilas que semejan besos cansados/ Se esperan besos más dulces que una luna/ Y caen las flores vernales una a una/ El cojón asado del japonés relleno/ De cagadas de mosca” (traducción de Martha Pino Moreno). Leer a este súper poeta, sea en *Alcoholes* (1913) o en *Caligramas* (1918), a menudo hace parecer anticuados a los vanguardistas, falsos o verdaderos, quienes hijos de su estro, vinieron después.

Hijo ilegítimo de madame Kostrowicka, noble polaca venida a menos, cuya mala fama hoy la presentaría tan sólo como una mujer emancipada, Apollinaire -“Wilhelm” de niño- practica todos los oficios literarios hasta convertirse, en diversas maneras y estilos, en escritor. Deviene en pornógrafo y anarquista, resguardado tras pseudónimos proliferantes. Si su amigo Alfred Jarry escandalizó en la Bella Época con Ubu-rey, Apollinaire vivirá la guerra como Obús-rey, según nos recuerda Laurence Campa, uno de sus biógrafos. Para él, la poesía es una forma de la artillería y sólo cuando los alemanes ciegan a miles y miles de soldados franceses con los gases venenosos, siente pavor. “Es el Apocalipsis de Juan”, dice un poeta que se precia de vivir, en calidad de Belcebú, en los tiempos del Concilio de Nicea.

Borges, sabedor de que en la poesía de Apollinaire se alternan el presente y lo remoto, se inclinó ante él: “Fue la ‘cosa alada y sagrada’ del diálogo platónico; fue un hombre de sentimientos elementales y, por lo mismo, eternos; fue, cuando vacilaron los fundamentos de la tierra y del cielo, el poeta del antiguo coraje y del antiguo honor”.

Apollinaire fue la robusta juventud del siglo. Su fuerza, la del hombre de la cabeza vendada, fue dibujada y esculpida por André Rouveyre, Duchamp, Picasso, Jean Cocteau, Giorgio de Chirico. Salido en gloria y majestad del hospital mientras Francia ganaba la Gran Guerra, esa fuerza le faltó al poeta trepanado y murió, víctima de la influenza inglesa, el 9 de noviembre de 1918, dos días antes del Armisticio.

Tifoidea

I Fiebre

Alina Velazco Ramos

Voy y regreso desde
el 28 de junio,
en que no pude más que
pedir un doctor,
de una fiebre tifoidea
que me tiene viendo
chueco hacia la derecha.

Cualquier aroma me
produce asco pero debo comer.

No estoy lo
suficientemente fuerte
como para odiar a los ruidosos
hijos de los vecinos,
pero sé que los desprecio.

Duermo mucho y no siento alivio.

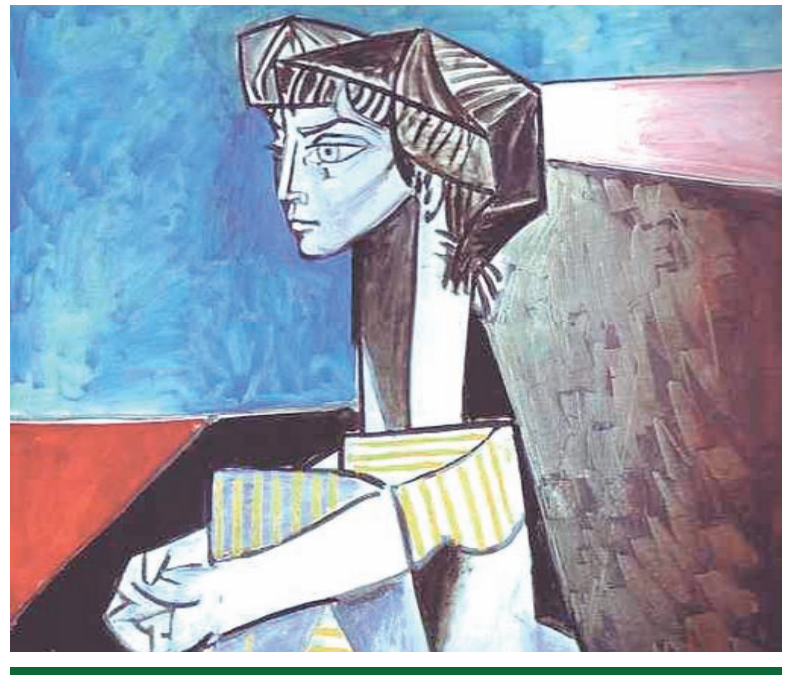
He recibido 16 inyecciones
entre suero,
intravenosas
musculares
e innumerables pastillas que me
tienen con asco
hasta cuando duermo.

Tengo mucho trabajo pendiente
y tarea en la universidad
y no logro hacerlos
aunque esto podría
trabajarlo a larga distancia.

Quiero escribir y no puedo.

Quiero leer
y los párrafos se me
confunden unos con otros
y mis ojos y mi mente,
crean textos nuevos que nada
tienen que ver con los originales.

Y no quiero que nadie sepa
que veo a la muerte rondando
y burlándose de mi dolor.
Sin atreverse a llevarme.



El tiempo ha pasado sin ver en mí la sombra

Maya Ochoa

Habito un tiempo que me
es ajeno.
Miro la vida por
encima del hombro
y compruebo
se ha olvidado de mí.
Pasa de largo.

Lo que no me fue otorgado
Lo busco del otro
lado del mundo.
Cuando me marche,
me llevaré el pasado.
Con mis ojos miopes
también contendré el viento.

Grajeas filosóficas

Leopoldo Barragán Maldonado

1.- HAN etiquetado a mi filosofía como "filosofía de la resistencia" y "filosofía de la lumbre", yo sólo la llamo filosofía popular.

2.- El filósofo habita entre el error y la verdad.

3.- El quehacer filosófico danza sobre el escenario de la ambigüedad. Ya lo había previsto Aristóteles.

4.- La religiosidad es una experiencia que se fragua según nuestras percepciones del mundo y de la vida.

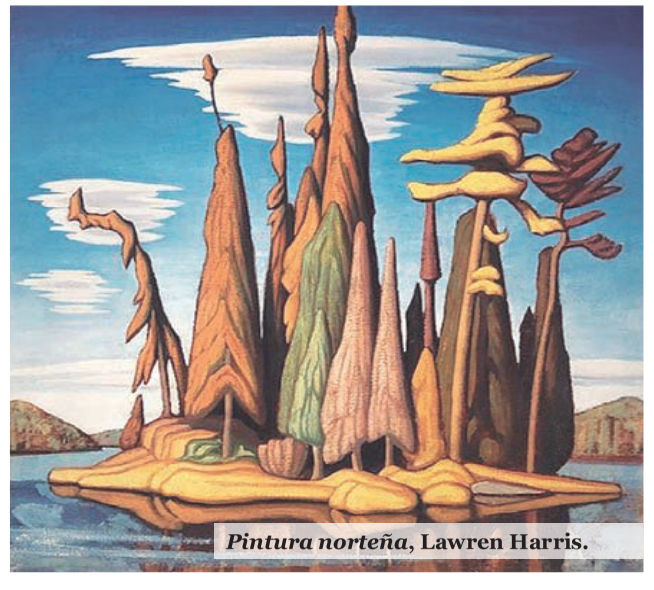
5.- La religión es un fenómeno psicológico que resuena en la conciencia acorde al grado de culpabilidad y el deseo de perdón.

6.- Religión es reconciliación, no división.

7.- En el hecho religioso, la dimensión de la revelación juega un papel preponderante.

8.- La creencia es la fecha de caducidad religiosa.

9.- La recurrencia de una palabra pone al descubierto dos aspectos filosóficos: primero, guarda relación con la temporalidad; segundo, se refiere al estado de cosas, a un determinado hecho existencial que puede ser previsto.



Pintura norteña, Lawren Harris.

10.- Cantarle a la provincia, vivir nuestro folclore significa maquillarnos con los colores patrios, regocijarnos en el ser que realmente somos y devorar con apetito voraz nuestra misma esencia.

11.- Si el ojo es el periscopio de la mente, entonces no hay que buscar el mal en los alrededores, sino dentro de nosotros.

12.- Deambular por los caminos de la filosofía no es fácil, son senderos peligrosos acosados por los tigres que devoran a párrafos, como decía Voltaire.

13.- En la vida como en la filosofía, a gruñidos amenazantes, oídos quijotescos.

14.- El mar es signo de grandeza, es la develación fenoménica del Absoluto, espejo que refleja la pequeñez del ser finito.

15.- Escuchar la recitación del "adhan" es armónico y melodioso. El repique de campanas es inarmónico, estridente y desacorde.

16.- El amor cultivado en el campo de Eros es complejo, como su linaje mitológico, naturalmente pendenciero y problemático, un legado helénico para Occidente.

17.- Más allá de la nebulosa "democrática", los discursos políticos y los eslóganes lava cerebros están los intereses económicos.

18.- Históricamente, la "democracia" ha sido el ave carroñera de las grandes corporaciones financieras.

19.- Religión y control financiero son los dos remos del mismo bote.

20.- No subestimes los viajes, te hacen desarrollar mayor sentido de adaptación, tolerancia y respeto por los demás.

21.- Viajar es un estímulo visual, le das gusto a la pupila contemplando paisajes, ruinas, monumentos y... ¡qué monumentos!, no importa que vayan de negro y cubiertas desde la cabeza hasta los pies.

22.- Un viajero es un constructor.

23.- Escuchar en el extranjero "¡Viva Zapata!" es el clamor del espíritu anticolonialista.

24.- Todo nacionalista se identifica con los símbolos de lucha vinculados a los movimientos revolucionarios contra la dominación, colonización y explotación.

25.- Al margen de las nuevas teorías pedagógicas y modelos educativos, memorizar es aprender.

26.- La carga ideológica de los contenidos cinematográficos justifica los acontecimientos de la historia oficial.

27.- El cine es un narcótico histórico y excelente falsificador de la realidad.

28.- ¿Qué es el cine? Poderosa arma de las naciones hegemónicas.

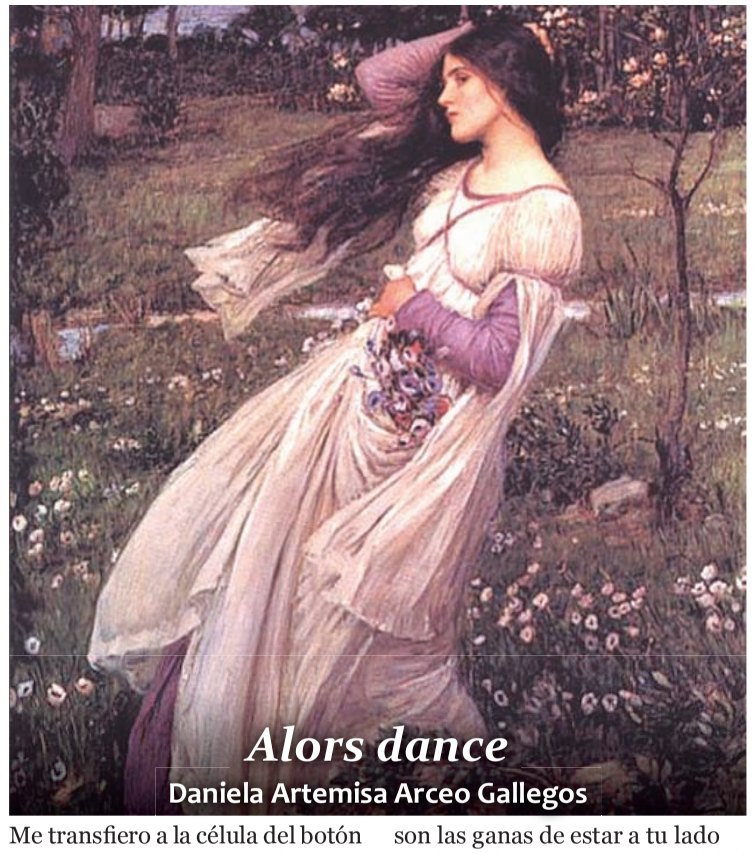
29.- Entre la narrativa histórica y los guiones cinematográficos existe correspondencia ideológica, ambas distorsionan los antecedentes y consecuentes históricos.

30.- Admitir hipotéticamente el principio "compro, luego soy", es convertir las cosas en andamio para ascender por la escala del estatus social.

31.- Muchas veces pretendemos llenar la precariedad de nuestro ser con la relativa durabilidad de las cosas.

32.- Crisipo el Estoico explicó que por naturaleza debemos entender todo aquello con lo que debe conformarse la vida humana, y Cleantes, de ingenuo agudo, afirmó que dicha racionalidad la pervertimos por el apego a las cosas exteriores.

33.- Mounier se quedó corto al fijar los principios, para que el individuo devenga en persona, debió ser más cínico, le faltó incluir la relación con la naturaleza, sin ella es más difícil que el avaro se transforme en persona.



Alors dance

Daniela Artemisa Arceo Gallegos

Me transfiero a la célula del botón
la opción de apagar-prender
música de todos lados
una noche de diciembre
me estaciono en las letras de una canción
un discurso para sonreír
una luna para estar tranquilo
No tengo control remoto
hay momentos diminutos
en los que aprendo
a es-pe-rar
aprendo sobre la imposibilidad
y la insatisfacción ya no
es mi enemiga
le subí dos rayitas a la humildad
no tengo a quién contarle
-porque tuve que apagar mi wifi-
que soy un poema del 2018
un año de volverse adulto
sin tener que
fruncir el ceño
un año de abrir oportunidades
de quitarse capas de ego
de embarrarse capas de ego
un año enlatado, descrito
Alan Watts riéndose en
su conferencia
Out of your mind
audioarchives
nineteen-sixties
risa
espuma
oscuridad

Una mujer cantando en portugués
todo el mundo durmiendo en un instante
son las ganas de estar a tu lado
son los lados que ganan oscuridad
tarde *demais, meu amor*

Abrazo mis almohadas
abrázome a mí misma
abrazo mi presente
la noche que me espera
una rima innata
un corazón de casi treinta
punk que cantan en francés
y yo, tan lejos del mundo
tan cerca del sueño de irse
comme un garcon
je suis très très sympathique

Qué certeza quieres tener, mi amor
qué señal, qué significado
¿qué querías hacerme sentir?
¿qué lección me estabas
deletreando?

Ah, la estación
el silencio entre pista y pista
ruido
y música que salva
hoy noche es seis de diciembre
luna nueva, nueva mujer
me enlisto el verso hacia el final
de dulce
todo quisiera estar bien
ser la oscuridad en mí
ser el vacío aquí
sonido para el corazón
se acercan los pasos de baile
alors dance, quizá diez años atrás..
todavía somos modernos
y no sabemos qué hacer.

Valle de lágrimas

Sangre virginal

Verónica Zamora Barrios

TRES estampitas, una de la Virgen de Guadalupe, otra de La Dolorosa y una del Sagrado Corazón llevaba en el pecho Lupe Cantero, catequista y señorita de grandes ojos oscuros, hundidos bajo las enormes pestañas. Su pecho ocultaba los rostros divinos y sabía el riesgo que aquello representaba, pero era más el fervor aquel de sentir que la protegían de los peligros del enemigo.

En la casa de Luisita instruían a unos pocos niños, para no llamar la atención. Los soldados rondaban por todas partes. Amenazaban con sus botas reglamentarias, sus uniformes ceñidos y sus miradas duras.

Lupe había quedado de llevar los escapularios y caminaba rumbo al barrio de La Salud. Allí vería al padre Tiburcio y él los bendeciría, para luego imponerlos a los muchachitos que con el favor de Dios pronto harían su Primera Comunión. En su mente, *Morir por tu amor*, aquella canción le traía a la mente el rostro de Jesucristo, mirándola, abrazándola y jurando que nunca la abandonaría.

La florista, Pablo Picasso.

A pocas cuadras se encontró a Luisita Puga, temblando. Alguien las había delatado. Una mujer que al parecer había ido a la Gendarmería y de ahí al cuartel, para decirles que en el número 42 de la calle Independencia había reuniones "secretas".

Las dos muchachas se apresuraron hacia Las Huertas. En una casa más o menos apartada de la ciudad, vivía Sarita Voguel, ella podría esconderlas. Iban rogando con toda su fe que nadie fuera a dar parte del rumbo que llevaban. Una vendedora de tejuino y su hija simplemente les extendieron sus rebozos. Se cubrieron la cabeza con ellos. El sol les laceraba la piel delicada, blanquísima, lavada muy de mañana con jabón de coco, perfumada con el aroma de moda "tabú" de una afamada casa de Europa.

Pero a unas cuadras, pudieron darse cuenta que venía ya el piquete de soldados. Una mujer de enaguas largas y remendadas señalaba el rumbo de las catequistas. Los gritos de alerta comenzaron a escucharse. Ya se veía el portal de la casa, ya la enredadera y la esperanza de perderse entre los cafetales… Rezaban, se persignaban. El alto zaguán de la casa de Sarita estaba, contrario a la costumbre de don Epifanio, mayordomo de la huerta más grande próxima a la ciudad, cerrado a piedra y lodo: "¡Saaaara! Abre, por el amor de Dios". El silencio de aquella hora las cubría. Nadie respondió. Las sombras de los soldados se advirtieron desde donde ellas estaban.

Las tomaron presas, las separaron. Sarita nunca volvió a salir de aquella finca hasta después de la revuelta, se supo que su padre hizo un pozo en donde la mantuvo prácticamente enterrada. Lupe rezó una salve casi a gritos mientras se escuchaba el llanto de Luisita: "Reina y madre de misericordia, vida y dulzura esperanza nuestra", hasta que de un bofetón un soldado le reventó la boca, mezclando la sangre con el color *Rojo Venecia* de su lápiz labial, comprado la tarde anterior en la Casa Mercantil del Pacífico.

Ya en el cuartel, las preguntas sonaban lejanas para Lupe. No contestó, parecía cerrada en una esfera de cristal. Un soldado le dijo al día siguiente que su amiguita ya había pasado a mejor vida y que había muerto feliz. "La llevamos retiradito de aquí, primero la tropa la contentó con muchos besos".

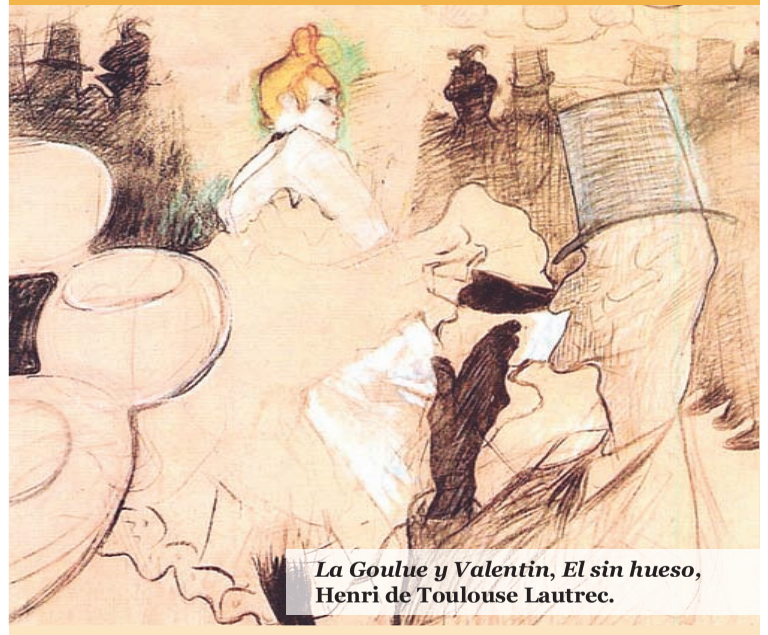
Sollozó pensando en su amiga ultrajada, "a mí no me tocarán", pensó, y comenzó a idear de qué manera evitaría ser el juguete de los soldados.

Al día siguiente hubo un juicio. Una condena a muerte. De madrugada la sacaron a escondidas, con los ojos vendados: "Llévenme, señores, a donde mataron a Luisa, en ese mismo lugar quiero morir". Los jóvenes soldados se miraron: "¿Por qué, pues? Ya te dijimos que fue muy retirado de aquí… a ese lugar cerca de la Ermita"; "Miren, porque por gracia de Dios, allí donde ustedes dicen que mataron a mi amiga ocurren milagros. Les aseguro que las balas no me harán nada". Los militares comenzaron a reírse primero bajito, luego soltaron grande carcajadas: "Oye, a esta pobre loca". "De veras –repuso–, nada me harán sus balas. Ustedes mismos lo comprobarán"; "Vamos, pues, a tomarlo como su última voluntad, sabemos que es usted de las que andan más metidas en la organización armada contra el gobierno y no nos deja otra opción".

La condujeron hasta un terreno cercano a la ermita consagrada a la Santa Cruz. Así, con los ojos cerrados y gritando ¡Viva Cristo Rey! y los brazos en cruz, cayó Lupe Cantero. Todas las balas la atravesaron. Su vestido blanco de satín sólo se impregnó de sangre virginal.

Bitácora del cuerpo*

Miguel Ángel León Govea



La Goulue y Valentin, El sin hueso, Henri de Toulouse Lautrec.

Para la compañía de danza contemporánea Ángulo móvil, por sus diez años de existencia.

I

En el inicio es
el cuerpo,
geometría sagrada
de los sueños.

Somos
cuerpos miles
de cuerpos
en espera de un ala
que nos haga
pertenecer
por vez
primera al viento.

Hay quienes
resuelven esta espera
en una discusión con
el vacío
sumamente
acalorada.
Otras, en cambio,
instauran una
temporada de
celebraciones
en honor a la
nostalgia.

Observa
por la calle camina
un ángel
que quiere ser alas
y no la vieja y
anticuada lucha
entre el bien y el mal.
Por allá,
a aquella mujer
le disolvieron su
amor a carcajajadas.
Aquellos al
encontrarse
miraron en sus
ojos un reloj
y no un espejo.
Y aquel lleva una
espina en su mano
que no le deja
acariciar
a su ser amado.

Son pocos
sólo pocos
quienes al
encontrarse
encienden
una hoguera.
- ¿Quiénes, al
encontrarse,
encienden
una hoguera? -
Son pocos
los que a sorbos
beben la música
y el silencio.
Pocos los que
comprenden
que sólo ardiendo
nuestros cuerpos
danzaremos los
ritmos del incienso.

II

Deberíamos dejarnos
ir hacia la danza.
Elevarnos,
acariciar la gravedad.
Porque todos
llevamos dentro
un corazón
fisiculturista
que trabaja con
el peso del tiempo.

III

Bitácora del cuerpo:
te escribo en el
invierno
donde no existe la
tristeza.

pero soy frágil
porque tengo de
cristales
los recuerdos

Una locomotora
de otra época
transita por la voz
de mis nervios.

Querido cuerpo:
que no se entere
tu memoria
que no conservaste
las cenizas
de tu incendio.

**Poema inspirado en la puesta en escena de "Bitácora del Cuerpo", el 9 de diciembre de 2018, en el Teatro Hidalgo, Colima, México.*

VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Un baile de despecho

Don Manuel Sánchez Silva **(6 de noviembre de 1955)**

PARA recibir dignamente el nacimiento del Año Nuevo, los jóvenes de aquel entonces prepararon un gran baile que debería efectuarse a partir de las 10 de la noche del 31 de diciembre de 1924.

Con la debida anticipación se arreglaron los salones y corredores del Centro Social Colimense, se contrató una buena orquesta y se mandaron hacer los emparedados del ambigú. Desde ocho días antes empezaron a circular las invitaciones y las muchachas se proveyeron de vestidos nuevos, mientras que los tenorios de moda se encargaron de desmanchar y planchar los suyos.

A las 8 de la noche todo estaba listo y un contagioso entusiasmo se palpaba en la atmósfera social. Sin embargo, a última hora surgió un pero: hallábase en Colima, desde hacía varios meses, cierta damita forastera que había provocado malquerencias. El hecho de que en su familia figurara una persona de vida un tanto ligera, la convertía en víctima de culpas ajenas; y la circunstancia de que su simpatía personal, su desparpajo y la alegría de vivir hubieran cautivado a más de un colimote enamoradizo, la colocaban en el blanco de los comentarios hostiles y hasta despechados. Las señoras "bien" fruncían el ceño al notar su presencia y las jóvenes la eludían.

Y resultó que una hora antes de que empezara el baile, alguien preguntó a uno de los organizadores: ¿Invitaron a fulanita?, y la respuesta afirmativa corrió de casa en casa con la rapidez de un spot de radio, creándose una situación que, originándose primero en un sentimiento de escándalo y condenación, degeneró en renunciamiento: "Yo no voy si ella va", decía cada muchacha a sus amigas, las que inmediatamente soltaban la imprescindible respuesta: "ni nosotras tampoco…".

Y no fue nadie. De nada sirvieron las explicaciones ni las súplicas, pues el empeño de quienes pretendían vencer las resistencias se estrelló en la fase inexorable: "yo no voy, ni yo, ni yo…".

A las diez de la noche, una treintena de jóvenes se reunieron en la plaza principal, frente a los balcones del Centro Social, por los cuales tan sólo asomaban los músicos, listos para tocar en una fiesta sin concurrentes.

En aquel entonces, se vestía muy bien: ahí estaban Adolfo Gamiochipi, Alfonso de la Madrid, Miguel García Topete, Enrique y José Barreto, *Mi vi* Rendón, Heliodoro Fuentes Álvarez, José Agustín y Jorge González Flor, Guillermo y Andrés Saucedo, Gabriel Hinojosa, el *Chito* Carranza, Eduardo Pons y otros muchos más, cayéndose todos de puro elegantes.

El comentario obligado era el fracaso del baile. Cundía el malestar y las interjecciones se recrudecían. De pronto, surgió una proposición: -¿Y por qué no hacemos un baile de "medio pelo"?

De los supervivientes de aquella época ninguno podríamos decir quien fue el autor de la iniciativa. La voz surgió de un grupo encorajinado que buscaba el desquite y la idea prendió al instante. Adolfo Gamiochipi, siempre inquieto, expedito y fértil en recursos, redondeó la sugerencia:

-¡En la casa de don Eligio! ¡Vamos con don Eligio el panadero!

Era don Eligio Espinoza un hombre muy estimado entre la juventud parrandera. Grueso, de excelente salud y mejor humor, estaba en domicilio y cooperación económica a que se realizara. De él se podía decir que por su culpa nunca se quedó a medias una juerga… Era dueño de la mejor panadería de la ciudad y vivía con

holgura.

Don Eligio se sintió feliz con el proyecto y desde luego movilizó sus brigadas de invitación, mientras el regocijado grupo se dividía en diversas comisiones: unos para traerse la música del Centro Social; otros, para contratar la elaboración inmediata de grandes ollas de ponche; aquéllos a enfriar cervezas y los de más allá, despejar la gran sala de la casa, para transformarla en pista de baile.

Antes de las once de la noche empezaron a llegar las convidadas: empleaditas de escasos recursos, hijas de familias humildes, una que otra "maestrita" y, desde luego, todas las muchachas "no popof" del barrio. Principió el baile y a media noche, cuando los repiques de las campanas, los disparos callejeros y los silbatazos de locomotoras anunciaban el nuevo año, la concurrencia no cabía en la casa de don Eligio.

Y era de ver la animación y júbilo de la fiesta, en que aquellos elegantes de chaleco cruzado, cuello "arrow", "borceguíes" con polainas y cabello alisado con "Steicomb", se servían de pareja dispareja a las modestas muchachas de traje y perfumes baratos, confundiéndose en el vértigo del baile y mezclando el aristocrático aroma del "Tabaco blondo", con el tufillo del "Cheramí" y el "Pompeya".

Amanecía cuando nos despedimos del hospitalario y festivo don Eligio y todavía, antes de que cada quien tomara el camino a su domicilio, nos quedamos un rato largo en la plaza, comentando lo ocurrido con la perversa alegría de habernos procurado una sabrosa venganza contra las niñas "bien", que nos habían frustrado el plan original.

Sin embargo, al día siguiente vinieron las consecuencias: todos los que tenían novia recibieron calabazas.

** Periodista, escritor y fundador de* **Diario de Colima**.†

A las diez de la noche, una treintena de jóvenes se reunieron en la plaza principal, frente a los balcones del Centro Social, por los cuales tan sólo asomaban los músicos, listos para tocar en una fiesta sin concurrentes.

En estos días

Luis Enrique Araoz

27.8.18

DE la forma más simple puedo inundarme de inseguridad. Ayer me llegó cuando estaba con ella en la cama. Esperábamos algo y sentí que era una persona poco interesante. Alguien que apenas se adapta a la adversidad de manera pasiva. Ante todo, una persona que inspira muy poco.

21.9.18

Qué se puede hacer para no sentir que todo corre a la deriva.

Comencé a leer los *Detectives Salvajes*. Poco antes de comenzar la lectura, caminé mucho por la ciudad. Repartí revistas, sin decir lo que eran o por qué razón las repartía. Un fantasma que quiere hacer algo con la literatura. Mientras caminaba, me dio por pensar en un método para interesarse por la vida. Un método que posiblemente funcione para pocos. Plantas un pie frente a otro y caminas con fuerza, con mucha decisión. Cuidando no tomarse demasiado en serio. Cuidando no ser exagerado.

Me he convertido en un mal amante. Pienso demasiado. Nunca sé lo que estoy haciendo. Escribir poco tiene un mal efecto en mí. Me vuelvo obscenamente disperso.

22.11.18

Supe que esto iba a pasar. No fui el único que lo sabía. Son una serie de decisiones las que me desplazan. Luego todo cambia abruptamente. Se vuelve más oscuro. Y yo idealizo obtener una postura más cínica ante las cosas, pero me sorprende la esperanza de obtener nuevamente su cariño. No creo en la piedad. Creo en la honestidad, a pesar de las consecuencias que nos destruyen. Todo se ha vuelto insoportablemente frío y lo grotesco es saber que la ciudad es calurosa. Con un calor que plaga de hormigas todo lo que se queda abierto.

Terminé de leer los *Detectives* del ritmo. Fue un día brutal. Construí una caja de madera y en ningún momento dejé de pensar que construía mi ataúd. Son ideas que me llegan en momentos de crisis y desesperanza. Belano se quedó a vivir en mi cabeza. Es un campeador de las derrotas. La libertad es como la alegría: la vives cuando olvidas que jamás dejas de moverte.

20.12.18

Soñar con ella me revela como alguien desesperado. Su cuerpo se ha convertido en un agujero negro. Me doy cuenta que siempre fui incapaz de interpretar sus silencios. Ahora solamente tengo los míos. Y un mal sabor de boca, como si estuviera muerto, pero fuera apenas sacando la mano para emerger de la tierra. A momentos pienso que una vez que salga, lo primero que haré es correr así, muy desesperado, con la boca podrida y deshecha, hasta llegar a otros lugares. Lugares que imagino más blancos.

***Dos cabezas*, Jean Michel Basquiat.**

25.12.18

Mamá tomó mi mano. Me pareció ridículo el momento, pero cuando me quebré supe que necesitaba desde hace meses de la ridiculez para terminar un extenuante proceso de huida. Realmente me importa poco lo que soy fuera de las palabras. Qué. Apenas un cúmulo de ideas dispersas, difícilmente expresables. Una serie de máscaras y disfraces. La frágil ilusión de ser bondadoso. Cuando digo algo y los demás se ríen, pienso: "pobre tipo", y me río con ellos. Luego me digo: si en algún momento me viera maldecido con la facultad de ser eterno, requeriría de un infinito sentido del humor para no dejar que mis tentaciones me llevaran a la tumba.

El paraguas

María Victoria Maldonado Godínez

LOS lectores de este relato quizá no tengan por qué saberlo, pero a varios de mis compañeros ciegos y a mí nos cuesta trabajo usar paraguas, por lo que en muchas ocasiones preferimos mojarnos. Tal vez se pregunten en dónde está la dificultad para usar este accesorio, pero no sé por qué razón, pero el hecho es que nos desorienta, agravándose esta situación cuando llueve fuerte, ya que el ruido de las gotas sobre la tela no nos permiten distinguir los sonidos del entorno, de tal manera que no sabemos si nos vamos desviando del rumbo elegido.

Después de esta breve explicación, les contaré una anécdota. Hace tiempo, cuando nos reuníamos ya constituidos como Asociación, siempre pobres, pero entonces también sin una sede permanente, nos prestaban un salón anexo a las instalaciones del Templo de Nuestra Señora del Refugio. Entre los fundadores de la Organización figuraba un compañero que recientemente había quedado ciego, por lo que no estaba acostumbrado a afrontar algunas situaciones en las que quienes ya tenemos tiempo de vivir con esta discapacidad, contamos con experiencia.

Como era tiempo de lluvias, él cargaba su paraguas, y ese día, cuando terminó la reunión, ya eran como las 8 de la noche y estaba lloviendo, me invitó a cenar, pero él, claro, no quería mojarse. Yo le sugerí que esperáramos a que pasara la lluvia, pero insistió en que fuéramos, que al fin traía paraguas y que además ya tenía mucha hambre (era diabético), así que debía comer algo.

De esta forma, él, muy catrín, con portafolios y bastón en mano, abrió su paraguas con el que nos intentamos proteger. Pero no habíamos avanzado mucho cuando cayó en una de las hermosas jardineras, sin poder siquiera meter las manos, pues en una llevaba su portafolios y bastón, mientras que en la otra el paraguas. El caso es que yo, que era guiada por él, también fui a dar a la jardinera, de la que nos levantamos sin golpes serios, pero sí muy empapados, y como ocurre en estos casos, riéndonos de nuestra "gran desgracia".

Cabe decir que mi compañero buscó su bastón y el portafolios, y localizó el paraguas, que había ido a dar como a medio metro de nosotros, sobre las plantas, lo cerró y me dijo: "¡Toma esta "cochinada"! ¡Tírala, regálala o hazle lo que te dé la gana, pero ya no la quiero!". Y nos fuimos mojando bajo la lluvia, con la ropa empapada, pero con la dicha de tener compañeros con quienes se viven estas situaciones, que más que tragedias son experiencias que nos han unido como amigos y compañeros en esta hermosa aventura que es la vida.

En lo personal, me atrevo a decir que me siento agradecida con la vida, por darme la oportunidad de tener a estos amigos, irreverentes ciegos que se revelan a sufrir la ceguera y que, en cambio, juntos tratamos de disfrutar cada una de estas vivencias, en las que sentimos el apoyo del grupo, sobre todo cuando juntos nos reímos de lo que otros considerarían una verdadera tragedia.

**Texto que participó en el primer concurso de relatos sobre ciegos que llevó a cabo La Organización de Ciegos Colimenses*